

Capítulo diez

Al día siguiente Ben duerme hasta tarde. Está muy cansado de su viaje. Parece extraño dormir tanto. Se levanta y come cereal. Le encanta la comida de aquí.

El padre entra en el comedor. Es sábado así que los padres no tienen que trabajar.

—Bueno, hijo —le contesta el papá—, has tenido mucho tiempo para pensar en el carro. ¿Quieres un Chevy Cavalier? ¿Qué modelo quieres? ¿Un Mustang?

Ben no lo puede creer. Por fin puede tener un carro nuevo. Puede tener un carro que cuesta trece mil dólares.

—Papá, no sé. No estoy seguro —dice él.

—¿No quieres un Cavalier? No importa. Podemos comprar un Toyota o un Ford. No importa —le dice el padre.

—No, no. Ése no es el problema —contesta Ben.

—¿Cuál es el problema? —le pregunta el papá.

—Papá, sigo pensando en la gente de Santa Lucía. La mayoría de ellos no tienen carros. No tienen carros nuevos ni viejos.

—Es verdad, hijo —dice el papá.

—Las personas de Santa Lucía necesitan el dinero para tener donde vivir. Hay familias que todavía no tienen casa. Sufren debido al terremoto. Papá, ¿por qué no das el dinero del carro a la gente de Santa Lucía? Ellos necesitan casas más de lo que yo necesito un auto. No tenía un auto antes y no lo necesito ahora.

El padre de Ben casi se desmaya. No puede creer lo que está diciendo su hijo.

—¿Estás seguro?, Ben.

—Papá. Estoy seguro. No quiero el auto —le responde Ben.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijito —le contesta el Sr. Sullivan—. Es increíble. Es maravilloso.

—Papá, me siento bien con esta decisión. Me siento muy bien —le dice Ben—. Puedo comprar un carro en el futuro pero ahora ellos tienen mucha más necesidad que yo.

—Ben, tú eres increíble —le dice el papá.

Ben sonríe. Come más cereal. Su padre piensa que es increíble. ¡Qué bueno! Tal vez le dan un carro por su próximo cumpleaños. O tal vez regresa a El Salvador.

